

LETTER OF VULNERABILITY AND RESILIENCE

meaningful expressions and understandings from different cultures on
how to deal with the crisis



✉ Pequeño lugar, gran sabiduría.

By Alan Paikes

El sábado 28 de marzo de 2020 desperté sabiendo que tenía que tomar una decisión. Lo que pocos meses atrás había empezado como una noticia curiosa al otro lado del mundo, hoy era también parte de mi realidad y ya no había manera de ignorarla.

Los primeros casos de Coronavirus habían llegado a la gran ciudad: Ciudad de México (mi lugar de residencia en ese momento). Y junto con ellos, la incertidumbre, las hipótesis, los nervios, las restricciones, comercios cerrados, cuarentena, tapa bocas, paranoia, compras compulsivas y sobre todo, un clima social demasiado raro.

Debía tomar una decisión porque este nuevo escenario ya no me iba a permitir continuar generando ingresos. Además, esos primeros días con el virus rondando en la ciudad ya generaban un estrés generalizado y un arsenal inevitable de información que empezaban a afectar mi salud, al menos la emocional.

Tome la decisión. Una semana más tarde me había mudado a Pizota, una pequeña comunidad tradicional de pescadores con menos de cien habitantes, en la costa del estado de Jalisco, México.

Pizota tiene muchas características que lo vuelven un lugar especial, como el hecho de no tener calles (ni automóviles, desde luego) ni supermercados, mucho menos centros comerciales. Muchas casas aún son de madera y palapa; hay electricidad desde hace unos quince años e internet desde hace menos de cinco. Una bahía con aires de isla.

Particularidades como estas, han hecho que Pizota aún se mantenga al margen de muchos de los vicios y problemas que la modernidad, el desarrollo y el progreso -esa trilogía engañosa que supuestamente venía a solucionarnos la vida- nos viene dejando.

Pero sin dudas, lo más valioso que tiene este pueblo es su gente. Un grupo de personas que describen perfectamente el sentido de una comunidad.

Los habitantes de Pizota obtienen ingresos casi exclusivamente del turismo en pueblos vecinos donde venden pescado y hortalizas a restaurantes o trabajan para operadores turísticos.

Cuando la pandemia llegó los turistas se fueron, y con ellos, la principal fuente de ingresos de toda la comunidad (más aún, de gran parte de la región).

“Acá de hambre no nos vamos a morir” me dijo con tranquilidad uno de los abuelos,

refiriéndose al pescado que pueden obtener del mar y a las hortalizas y frutas tropicales que les da la tierra, algunas de ellas provenientes de árboles que fueron plantados hace más de cincuenta años.

De hecho, muchas personas que habían dejado la comunidad para irse a “la ciudad”, habiendo quedado sin trabajo, regresaron sabiendo que aquí la comida, libertad y tranquilidad están aseguradas.

-No puedo evitar preguntarme ¿por qué se habrán ido entonces? ¿Por la promesa de una vida mejor, quizás?-

En Pizota la comida se comparte con la familia, los vecinos y los visitantes. Aquí, el alimento que sale del mar y la tierra es un bien que la naturaleza provee para todos y es común ver personas salir de casas ajenas con pescado o frutas en la mano.

Los pizotenses no están al tanto de los pormenores de la situación mundial del Coronavirus así como ignoran la mayoría de los temas que ocupan las agendas y los noticieros globales.

Los Pizotenses hablan -y sobre todo conocen- del mar, de corrientes, de vientos, de la luna, del clima, las lluvias, el suelo, las montañas, plantas, árboles, animales y aves.

No se si el Coronavirus llegará a Pizota o si el pueblo esté preparado para afrontarlo. Lo que si puedo asegurar es que en la forma de vida de esta comunidad -como en la de tantas otras pequeñas comunidades tradicionales alrededor del planeta- hay muchas lecciones que el “mundo moderno” debe aprender si es que pretendemos evitar pandemias, crisis ambientales y sobre todo, volver al camino de la vida en armonía.

Alan Paikes

37 years old

Pizota, México